Wilbert Wusynth

El Tejedor de sueños

Una novela de Wilbert Wusynth

Por Wilbert Wusynth

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

Por una vez, el espejo no le devolvió ni un niño extenuado ni un anciano ahogado ni una figura incompleta. Le mostró simplemente su rostro actual: cansado, surcado, atento. Un rostro al que la tristeza no había vencido, aunque sí educado.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

El Tejedor de sueños

Capítulo I. La ciudad donde las sombras tenían precio

En Lúmina, las mañanas no nacían: se encendían.
La luz del alba no barría la noche con misericordia, sino que la obligaba a retirarse por callejones húmedos y escaleras estrechas, como una ladrona sorprendida al abrir una cómoda ajena. Las farolas, altas y delgadas como viudas enlutadas, se apagaban una a una cuando el primer resplandor lechoso se derramaba sobre los tejados de cobre. Entonces los vendedores de sombra recogían sus toldos negros, enrollaban sus paños de penumbra y desaparecían de las plazas antes de que el día los volviera inútiles.
Porque en Lúmina las sombras se vendían por monedas.
Había sombras frescas, desprendidas de las fuentes al amanecer; sombras largas de campanario, muy apreciadas por los amantes furtivos; sombras tibias de horno, que las madres compraban para envolver a los niños febriles; y sombras viejas, cosechadas de casas abandonadas, que servían para ocultar cartas, joyas o pecados. Todo en Lúmina tenía un doble, y casi todo ese doble podía comprarse.
La ciudad era un organismo de piedra, humo y cristal. Sus avenidas estaban surcadas por tranvías silenciosos de madera oscura, y en sus puentes colgantes sonaban, al paso de los peatones, pequeños timbres de bronce que avisaban al río de cuántos recuerdos cruzaban sobre su lomo. El río se llamaba Néveo, y corría por el centro de la ciudad como una cicatriz brillante. Decían los más viejos que, si uno se asomaba a medianoche sobre sus aguas, podía ver no

el propio rostro, sino la cara que tendría el día de su muerte.
Pocos se atrevían a comprobarlo.
Fue en uno de los barrios que el sol visitaba con desgana -entre almacenes de lámparas, lavanderías de vapor y pensiones de una sola ventana- donde nació el rumor de Lirio. No había cartel con su nombre, ni portal que pudiera señalarse con el dedo. Aun así, todos sabían cómo encontrarlo quienes de verdad lo necesitaban. Bastaba con vagar cerca del último insomnio, en el borde de la fatiga, y seguir el murmullo que corre entre la gente rota.
Si llevas una pena demasiado pesada, Lirio te la convierte en pluma.
Quienes pronunciaban esa frase miraban primero a ambos lados, como si temieran que la propia pena se ofendiera al ser nombrada. Los insomnes, las viudas, los huérfanos, los hombres que regresaban de la guerra con un grito atascado detrás de los dientes, las muchachas que habían aprendido demasiado temprano la forma del abandono: todos terminaban oyendo hablar del tejedor de sueños.
Lirio vivía -si a aquello podía llamársele vivir- en el hueco entre dos edificios tan próximos que la lluvia caía allí convertida en hilo. Entre una casa de cerraduras y un almacén de relojes averiados se abría un paso apenas suficiente para que una persona delgada se deslizara de perfil. El callejón no tenía nombre, aunque algunos le decían la Costura, porque entrabas entero y salías remendado o deshecho, según la noche.
Cuando alguien lo encontraba por primera vez, siempre se llevaba una decepción pequeña y extraña. Esperaban a un mago, a un brujo, a un charlatán vestido de terciopelo; encontraban, en cambio, a un hombre delgado sentado sobre una silla coja, con un

abrigo gris que parecía hecho de niebla seca. Tenía los dedos largos, articulados como patas de insecto paciente, y unos ojos cuya peculiaridad no se percibía de inmediato. No cambiaban de color de forma teatral, ni destellaban con artificio; simplemente, al mirarlos un segundo de más, uno comprendía que no eran del mismo color que al principio. Azul para una mujer que añoraba el mar. Verde antiguo para un jardinero que lloraba a su esposa. Dorados y febriles para un niño que quería soñar con dragones.

Lirio no tenía telar visible.

Su labor ocurría en el aire, en las pausas. Alzaba las manos y el espacio entre sus dedos parecía volverse denso, como si la noche escondiera allí fibras invisibles. Tejía con recuerdos, con sonidos, con olores, con el latido mínimo de cosas que otros pasaban por alto. Podía tomar el roce de unas cortinas en verano, el sabor de una manzana robada, la risa remota de alguien en una habitación cerrada, y entrelazarlo todo hasta formar un sueño completo, respirable, capaz de engañar incluso al dolor.

No aceptaba oro. Ni plata. Ni favores.

- El sueño es mío -decía con una voz baja que obligaba a inclinarse para escucharla-. Pero el amanecer es tuyo.

Y entonces explicaba su precio, siempre el mismo:

- Al despertar, me darás tu primer recuerdo.

No era una exigencia menor. El primer recuerdo del despertar no siempre era importante en apariencia, pero casi nunca era inocente. Podía ser el sonido de una cuchara golpeando una taza en la cocina de la infancia. El tacto de unas manos ásperas abrochando un abrigo. La visión de un perro que corría detrás de un carro. Cosas mínimas, sí, pero unidas a las raíces secretas del ser. Lirio las recogía con cuidado en

frascos de cristal que etiquetaba con una letra delgada y precisa.
La gente salía de su callejón aliviada, más ligera, a veces incluso feliz.
Nadie pensaba demasiado en lo que había entregado.
La felicidad siempre cobra por adelantado.
Aquella noche en que empezó de verdad esta historia, la luna era tan fina que parecía una uña de plata clavada en el cielo. El mercado de sombras acababa de cerrar, y las últimas cortinas de negrura eran guardadas en arcones de madera negra. Lirio estaba solo, escuchando cómo respiraba la ciudad. Tenía frente a él cuatro frascos nuevos: uno contenía la memoria de un carrusel oxidado; otro, una fiebre de infancia; otro, la imagen de una mujer peinándose frente a una ventana empañada; el último estaba aún vacío, abierto, esperando un amanecer futuro.
Fue entonces cuando oyó pasos pequeños.
No eran los pasos cautelosos de un adulto avergonzado por necesitar consuelo, ni los pasos arrastrados del borracho que busca olvido barato. Eran pasos ligeros, resueltos solo por obligación, como los de alguien demasiado joven para tener miedo y demasiado herido para poder evitarlo.
La niña apareció al fondo del callejón con el cabello enmarañado, un vestido azul descolorido y un morral que colgaba vacío de uno de sus hombros. Tendría siete años, tal vez ocho, pero ya caminaba como los viejos: con la seriedad de quien ha descubierto que el mundo no pide permiso antes de romperse.
Se detuvo ante él sin saludar.

- ¿Tú eres Lirio?
- Eso dicen.

La niña lo estudió con una fijeza incómoda. En los niños, mirar así no es insolencia: es justicia.

- Mi madre se fue -dijo-. Y no sueña conmigo.

El silencio del callejón se tensó apenas.
Lirio no respondió enseguida. Había oído peticiones semejantes, pero nunca iguales. El dolor cambia de máscara, no de naturaleza.

- ¿Cómo sabes que no sueña contigo? -preguntó.
- Porque si lo hiciera, yo lo sabría.

No había desafío en la frase. Solo una convicción desnuda, feroz, hecha con la lógica implacable de la infancia. Lirio pensó que esa era la clase de frase que un adulto tardaría veinte años en dejar de decirse por dentro.

- ¿Qué quieres que teja? -preguntó al fin.

La niña bajó la vista al morral vacío, como si esperara encontrar allí las palabras.

- Uno donde vuelva.

La petición se quedó entre ambos, inmensa.
Lirio levantó la mano con lentitud y rozó apenas el aire frente al rostro de la niña. Entonces vio lo que solía ver: no imágenes completas, sino costuras del dolor. Una puerta cerrándose demasiado deprisa. Una estación llena de humo. El pitido de un tren. Un brazo infantil alzado en vano. Y, detrás de todo, un silencio tan denso que parecía haber aplastado el resto del mundo bajo su peso.
La niña se llamaba Alba. Él aún no lo sabía, pero el nombre ya estaba allí, latiendo en la forma en que apretaba la mandíbula para no llorar.

- Volverá -dijo Lirio.

La niña alzó la cabeza.

- ¿De verdad?

Lirio sostuvo su mirada. En sus ojos apareció por un instante un color indefinible, como la luz cuando atraviesa una lágrima.

- Volverá -repitió-. Pero no como la recuerdas.

Y aunque la niña no entendió esas palabras, aceptó el pacto.

Aquella fue la primera noche en mucho tiempo en que Lirio sintió que el aire pesaba distinto entre los dedos.

Capítulo II. Alba y la puerta que nunca terminó de cerrarse

La niña dio su nombre solo cuando Lirio se lo pidió por segunda vez.

- Alba.

Lo dijo con una voz que parecía pedir disculpas por existir. Luego se quedó quieta, con las manos crispadas en los tirantes del morral, mientras el tejedor la observaba como un médico de otra clase, uno que auscultara huecos en vez de pulmones.

- ¿Tienes dónde dormir esta noche? -preguntó él.

Alba asintió.

- En la panadería de la señora Bruna. A veces me deja la mesa de la harina, cuando cierro bien las ventanas.
- ¿A veces?
- Cuando no lloro.

Lirio no comentó nada. En Lúmina, la bondad casi siempre estaba administrada por personas cansadas, y las personas cansadas daban lo que podían: un pedazo de pan, un banco, una manta áspera, paciencia intermitente. El hambre y la compasión, como las sombras, se vendían en medidas desiguales.

- Cuéntame de tu madre -dijo.

Alba tardó en responder. Los niños saben, mejor que nadie, que describir a alguien amado es arriesgarse a que el rostro se desdibuje.

- Olía a lluvia cuando volvía del mercado -dijo por fin-. Tenía las manos calientes. Cantaba mal, pero fuerte. Y una vez me dijo que las puertas no sirven solo para entrar y salir. Dijo que a veces una puerta es una decisión.

Lirio sintió un pequeño escalofrío. Hay frases que buscan dueño durante años antes de clavarse en alguien.

- ¿Y luego se fue?
- Sí.
- ¿Por qué?

Alba se encogió de hombros.

- Dijo que iba a trabajar lejos. Después oí a la vecina decir que huir también es una forma de trabajar.

Lirio apartó la mirada. Más allá de la boca del callejón, la noche seguía moviéndose con la lentitud de una bestia vieja. Sonó, remoto, el silbato de un guardia nocturno. Un carro cargado de jaulas cruzó una calle cercana; dentro, los pájaros cubiertos con telas negras soñaban tal vez con el cielo o con nada en absoluto.

- Si tejo este sueño -dijo él-, mañana me darás tu primer pensamiento al despertar. No una palabra cualquiera. El primero. El más veloz. El que llegue antes de que abras del todo los ojos.
- ¿Y si no quiero soltarlo?
- Entonces el sueño no será tuyo.

Alba pareció meditarlo con una gravedad impropia de su edad. Finalmente afirmó con la cabeza.

- Lo daré.

Lirio extendió una mano hacia el suelo de piedra.

- Siéntate.

La niña obedeció. Se acomodó contra el muro, con las rodillas recogidas y los zapatos rozando un charco oscuro que reflejaba un retazo de luna. Lirio se puso en pie. No era alto, pero cuando empezaba a tejer se volvía difícil medirlo; era como si la atención misma lo alargara.

Cerró los ojos.

Y la noche comenzó a entregarle sus hilos.

No fue un gesto espectacular. Nadie que lo hubiera visto por primera vez habría gritado de asombro. Solo al cabo de unos minutos surgía la certeza de que algo imposible estaba ocurriendo. Sus dedos se movían en el vacío con la exactitud de quien anuda una seda finísima. A cada movimiento, una memoria ajena se desprendía de la ciudad y acudía a él.

Tomó, de la panadería de Bruna, el olor del pan rompiéndose al amanecer.

Tomó, de un guardia en la avenida del río, el sonido limpio del silbato cortando la niebla.

Tomó, de un perro callejero que dormía bajo una escalera, la alegría absurda de perseguir su propia cola.

Tomó, de una mujer que esperaba una carta desde hacía doce años, la esperanza intacta y ridícula de oír pasos en la escalera.

Tomó, del propio pecho de Alba, la herida luminosa del anhelo.

Con todo ello fue trazando una arquitectura invisible. Los sueños bien hechos no son relatos: son climas. No dependen de una sola imagen, sino de una ley secreta que convence al alma de que aquello pertenece a su verdad. Lirio sabía construir esa ley. Por eso sus clientes no soñaban escenas sueltas; habitaban realidades enteras durante unas horas.

Alba observaba sin pestañear. A medida que avanzaba el tejido, el aire frente a Lirio se volvió plateado. Un resplandor tenue, casi tímido, se iba enroscando entre sus manos como seda mojada. Él murmuraba a veces palabras que no parecían pertenecer a ningún idioma. No eran conjuros, pensó la niña. Eran puntadas.

Pasó una hora, o tres, o tal vez solo el tiempo suficiente para que el callejón olvidara ser un callejón.

Cuando Lirio terminó, entre sus manos sostenía un capullo de luz plateada, del tamaño de un corazón grande. Latía apenas, con una pulsación suave y triste. Alba se puso de pie.

- ¿Ahí está? -preguntó en un susurro.
- Ahí está el camino para encontrarla -respondió Lirio.

Se lo entregó con suma delicadeza. La niña lo recibió como si temiera quemarse, aunque el capullo estaba tibio.

- Duerme con él bajo la almohada. No lo abras. No intentes mirarlo por dentro. Los sueños se ofenden cuando uno quiere espiarlos antes de tiempo.
- ¿Y mi madre vendrá?

Lirio se demoró una fracción de segundo. Esa pausa, minúscula, habría bastado para que un adulto desconfiara. Alba, en cambio, estaba demasiado necesitada para oírla.

- Vendrá a donde puedas alcanzarla.

La niña guardó el capullo en el morral, aunque el saco parecía de repente demasiado pobre para contener algo tan frágil. Antes de irse, miró los frascos de cristal alineados junto a la pared.

- ¿Qué hay ahí?
- Amaneceres prestados.
- ¿Duelen?
- A veces.

Alba lo pensó. Luego dijo:

- Mi madre decía que las cosas que más duelen son las que no se dejan cerrar.

Y se marchó.

Lirio permaneció inmóvil mucho rato después de que sus pasos desaparecieran. Había en el aire una inquietud que no le gustaba. Los sueños de reencuentro eran peligrosos. Dar al dolor una forma

visible podía aliviarlo, sí, pero también podía volverlo adictivo. El corazón humano, cuando prueba una versión perfecta de lo perdido, suele preferir la ilusión a la cicatriz.
Sin embargo, ya era tarde para arrepentirse.
Poco antes del alba, Alba llegó a la panadería de Bruna. La mujer, enorme y harinosa, dormitaba en una silla con los brazos cruzados sobre el delantal. No despertó cuando la niña pasó de puntillas hasta la mesa de amasar del fondo. Allí se acomodó entre sacos de trigo y mantas que olían a levadura.
Puso el capullo bajo la almohada improvisada de trapos.
Cerró los ojos.
Al principio no soñó nada. O creyó no soñarlo. Luego oyó un murmullo de ruedas sobre raíles, un silbato lejano, el crujido de una estación que respiraba. Abrió los ojos dentro del sueño y estaba de pie en un andén interminable, bajo un techo de vidrio donde amanecían pájaros azules.
Los relojes no tenían agujas.
Nadie parecía tener prisa. Hombres con maletas transparentes cruzaban el andén sin tocar el suelo. Una mujer de rojo bebía café de una taza vacía. En el aire flotaba un idioma que no existía y, sin embargo, todo el mundo entendía. Alba avanzó entre los viajeros con la certeza terrible de estar cerca de algo que llevaba esperando años.
Entonces la vio.
Su madre estaba al final del andén, junto a una columna cubierta de glicinas blancas. Vestía el abrigo gris de los inviernos antiguos, el mismo que usaba cuando aún vivían juntas, pero de su espalda brotaban dos alas de mariposa, inmensas, translúcidas, salpicadas de un polvo dorado que caía y desaparecía antes de tocar el suelo.

No era la misma y, sin embargo, era ella.

- Alba -cantó la mujer.

No habló: cantó. Las sílabas salieron en esa lengua inexistente del sueño, y aun así la niña comprendió su nombre con todo el cuerpo.

Corrió.

El abrazo llegó como un golpe. No porque fuera brusco, sino porque era real de una manera insoportable. La tibieza del cuello, el peso de los brazos, el olor a lluvia que seguía allí, intacto, arrancaron de Alba un sollozo tan profundo que creyó quebrarse por dentro. La madre le acarició el pelo.

- Abriste la puerta -dijo con aquella voz imposible, mitad canto y mitad memoria.
- No fui yo -quiso responder Alba, pero las palabras se enredaron en la tela del abrigo.
- Todas las puertas se abren desde dos lados -dijo la madre.

Detrás de ellas, un tren sin ventanas comenzó a deslizarse sobre los raíles sin hacer ruido. El andén entero pareció inclinarse hacia alguna despedida inevitable.

- No te vayas -suplicó Alba.

La mujer sonrió con una tristeza tan vasta que por un instante el sueño entero pareció volverse de cristal.

- Ya me he ido -cantó.

Y la besó en la frente.

Alba despertó llorando.

El alba se había filtrado por las ventanas de la panadería. La señora Bruna amasaba en silencio, dándole la espalda, como hacen quienes reconocen el llanto de los huérfanos y saben que ninguna pregunta serviría de mucho. Bajo la almohada, el capullo de luz se había deshecho. Solo quedaba una pelusa plateada que se evaporó apenas la niña la tocó.

Y entonces, antes incluso de que pudiera secarse las lágrimas, el primer pensamiento atravesó su mente con la nitidez de un cuchillo:
Ojalá nunca hubiera abierto la puerta.
Alba lo supo enseguida. Era eso lo que tendría que entregar.
Y, por primera vez desde que su madre se había marchado, sintió miedo de que el precio fuera demasiado alto.

Capítulo III. Los frascos del amanecer

Alba regresó al callejón cuando la ciudad apenas terminaba de despertarse. Las farolas se extinguían una tras otra, vencidas por una luz pálida que descendía sobre los tejados como polvo de hueso. Los vendedores de sombra recogían los últimos jirones de penumbra del mercado, y los tranvías comenzaban a deslizarse con su quejido de madera vieja por las calles aún medio vacías.
La niña llevaba el morral más vacío que la noche anterior, y sin embargo caminaba como si cargara una piedra invisible dentro del pecho.
Lirio seguía allí.
No parecía haber dormido. La madrugada lo había dejado más delgado, más translúcido, como si en el proceso de tejer hubiera cedido a la luz algo de su propia consistencia. Frente a él, sobre una caja dada vuelta que hacía de mesa, reposaban los frascos de cristal. Algunos estaban llenos de brumas de color; otros, de sonidos casi visibles; uno contenía una mota de luz naranja que se agitaba como si recordara un incendio pequeño y doméstico.
Lirio alzó la vista cuando Alba entró en el callejón.

- Lo soñaste -dijo, no como pregunta, sino como quien reconoce un temblor.

La niña se quedó quieta.

- Sí.
- ¿La viste?

Alba quiso responder que sí, que la había visto, la había abrazado, la había olido como a lluvia de mercado y tristeza antigua; pero la palabra se le atascó. No sabía si aquello contaba como verla. El sueño había sido real de una manera que la realidad nunca se permitía. Decir “sí” era demasiado simple.

- Estaba ahí -dijo al fin.

Lirio no insistió. Había aprendido hacía tiempo que los sueños verdaderos dejan una especie de resplandor torcido en quienes los atraviesan, un desajuste entre la boca y el alma. Alba lo traía encima como otros traen fiebre.

- Entonces sabes a qué has venido.

La niña bajó la cabeza. Durante un momento pareció considerar la posibilidad de huir. Él no la habría detenido. Los pactos con Lirio solo valían si eran cumplidos con voluntad. Un recuerdo arrebatado no servía para tejer nada digno; necesitaba el temblor de la entrega, la pequeña violencia del consentimiento.

- Mi primer pensamiento… -empezó ella.
- Sí.
- Si te lo doy, ¿desaparece?

Lirio entrelazó las manos. Sus dedos eran tan finos que daban la impresión de haber sido diseñados para sostener cosas que el resto de la humanidad ni siquiera ve.

- No desaparece del todo. Nada desaparece del todo. Pero deja de obedecerte. Ya no vuelve cuando lo llamas.
- ¿Y si quiero recordarlo después?
- Entonces solo te quedará el hueco donde estaba.

Alba miró los frascos de cristal. El amanecer se reflejaba en ellos de modo extraño, como si cada uno retuviera una hora distinta del día.

- ¿Y tú qué haces con eso?

Lirio tardó un momento en responder.

- A veces los guardo. A veces los uso para tejer. A veces solo los escucho.
- ¿Escucharlos?
- Algunos recuerdos hacen ruido.

La niña frunció el ceño, sin saber si aquello era una metáfora o una verdad literal. En Lúmina, la diferencia importaba menos de lo que importaría en otra parte. Finalmente cerró los ojos con fuerza, como quien se tira al agua.

- Ojalá nunca hubiera abierto la puerta -dijo de corrido, antes de que el valor se le deshiciera.

El aire cambió.

No hubo trueno ni relámpago. Solo una contracción sutil del silencio, como si el callejón entero hubiera contenido la respiración. Lirio extendió la mano hacia ella con la palma abierta. Entre ambos, a la altura del pecho de Alba, algo vibró. Un filamento casi invisible emergió de la niña con la delicadeza cruel con que se arranca una espina profunda.

La expresión de Alba se vació de golpe.

No cayó ni gritó. Solo parpadeó, desconcertada, mientras el hilo de pensamiento se enroscaba sobre sí mismo y se condensaba en la mano de Lirio como una gota de vidrio opaco. Él la depositó en un frasco pequeño, alargado, y lo selló con un tapón de cera negra.

Tomó luego su pluma y escribió con letra finísima:

Alba, 7 años, puerta.

La niña observó el proceso con un estupor casi reverente.

- ¿Ya está?
- Ya está.
- No lo siento.
- Lo sentirás después.

Ella quiso preguntar qué significaba aquello, pero el lenguaje se le había vuelto torpe, como si acabara de salir de una habitación donde se hablaba otro idioma. Miró en torno con repentina inseguridad.

- ¿Puedo irme?
- Sí.

Alba dio media vuelta. Avanzó tres pasos y se detuvo.

- ¿Mi madre…?

Lirio aguardó.

- ¿Era de verdad?

Él podría haber mentido. Podría haber dicho lo que dicen los adultos cuando quieren proteger sin poder salvar: que sí, que de un modo extraño era verdad; o que no, que solo había sido consuelo con forma de abrazo. Pero la honradez de Lirio tenía una dureza propia.

- Fue verdad dentro del sueño -dijo-. Y a veces eso pesa más que lo otro.

Alba asintió, aunque no comprendiera. Luego se fue. Lirio la vio desaparecer entre la niebla del amanecer y sintió en la lengua un sabor metálico, casi culpable. No era la primera vez que arrancaba a alguien un pensamiento doloroso, pero con los niños la operación dejaba siempre un eco más largo. Había algo obsceno en tocar tan de cerca la arquitectura de una pérdida temprana.

Tomó el frasco de Alba y lo sostuvo ante la luz. Dentro, el pensamiento no era una frase sino una forma. Una puerta entreabierta en la penumbra. Un filo de oscuridad. Una decisión ocurrida demasiado pronto. A veces los recuerdos se volvían imágenes claras; a veces, solo densidades emocionales. Este era ambas

cosas a la vez. Lirio lo guardó en una caja de madera forrada en terciopelo azul, separada del resto. No supo por qué. Solo sintió que ese amanecer debía ser conservado con especial cuidado, como se aparta una carta cuyo veneno aún no se entiende.

Después salió del callejón.

La ciudad de día trataba a Lirio con una hostilidad distraída. Pocas personas sabían reconocerlo a plena luz, y las que podían hacerlo fingían no verlo. Los oficios que dependen de la necesidad ajena suelen ser tolerados de noche y despreciados por la mañana.

Caminó por la plaza de los Relojeros, donde cientos de esferas colgaban sobre los puestos, todas marcando horas incompatibles. Atravesó el puente del Néveo, cuyas barandillas estaban cubiertas de cintas atadas por quienes deseaban olvidar algo. Se detuvo frente a la tienda de espejos de Madame Cerda, donde nunca entraba nadie dos veces con el mismo rostro.

Mientras andaba, iba recogiendo pequeños hilos de la ciudad. Una frase dejada a medias por una mujer en una terraza. El cansancio dulce de un cochero que se dormita de pie. La memoria del azúcar quemado en una confitería. Nada grande. Nada peligroso. Solo lo bastante para reponer su reserva.

Lúmina, sin saberlo, alimentaba a su tejedor.

Sin embargo, esa misma tarde comenzaron los primeros rumores.

Un hombre que trabajaba en la imprenta del diario local llegó al callejón buscando un sueño para dormir, pues desde hacía meses una tos obstinada no le permitía descansar más de una hora seguida. Lirio aceptó. Tejió para él una noche de bosque húmedo, hojas anchas, agua corriendo entre piedras y un fuego sin humo al pie de un árbol inmenso. El hombre pagó con el recuerdo de la primera vez que oyó el nombre de su hija.

A la mañana siguiente, volvió trastornado.

- Era demasiado real -murmuró-. Cuando desperté, seguía oliendo la madera. Busqué ceniza en mis manos.

No era la primera vez que un cliente decía algo así. Pero aquel hombre no traía asombro sino una clase nueva de resentimiento, como si el sueño le hubiera mostrado una intimidad que la vigilia ya no estaba dispuesta a concederle.

Dos noches después, vino una viuda. Quería ver a su marido, muerto tres inviernos atrás de una fiebre que le secó los ojos antes de matarlo. Lirio dudó, pero aceptó. El sueño fue sobrio: una cocina cálida, café recalentado, el crujido de la silla donde el hombre solía sentarse, y la certeza de que volvería a entrar por la puerta con barro en las botas. La mujer despertó llorando de dicha.

Y luego pasó toda la mañana esperándolo de verdad.

No fue ese el único caso. Al poco tiempo, la noticia comenzó a propagarse como un incendio educado. Los sueños de Lirio no eran simples fantasías: infiltraban la realidad. Dejaban residuos. Desorientaban. Devolvían a la gente una intensidad que el mundo diurno no podía sostener sin pagar un precio.

Lúmina, ciudad de compradores de sombra y administradores de penumbra, siempre había sabido convivir con lo extraño. Pero incluso en una ciudad así existen umbrales del temor. Cuando la ilusión empieza a competir con la realidad, las autoridades se sienten obligadas a intervenir, no por compasión, sino por orden.

Y el orden en Lúmina era un animal delicado, vestido siempre con guantes.

Aquella noche, de regreso en su callejón, Lirio abrió la caja azul y miró otra vez el frasco etiquetado con el nombre de Alba.

Dentro, la puerta seguía entornada.

Tuvo el presentimiento de que todo empezaría a torcerse a partir de ahí, no por culpa de la niña, sino porque ciertos sueños, una vez tejidos, no se conforman con terminar. Quieren consecuencias.
Cerró la caja.
A lo lejos sonó una campana. En alguna casa, alguien estaba acostándose con demasiada esperanza.

Capítulo IV. La plaga de los sueños perfectos

Los periódicos de Lúmina tenían una forma elegante de exagerar. Usaban titulares sobrios, casi ceremoniosos, para anunciar catástrofes íntimas con la serenidad de un mayordomo que comunica un incendio en el comedor. El primero en mencionarlo fue *La Gaceta del Alba*, en una nota breve arrinconada entre el precio de las sombras de campanario y una discusión sobre el nuevo impuesto a los puentes.

Incidentes de confusión onírica en el distrito del Néveo.

Nadie prestó demasiada atención.
Pero al tercer día, cuando el banquero Ezequiel Varda se lanzó desde el balcón de su casa convencido de que aún conservaba las alas de un sueño donde era pájaro, la noticia ocupó media portada. Sobrevivió, para desgracia de su dignidad y de la estabilidad de su columna, pero juró entre vendajes que había sentido el viento sosteniéndolo “con una claridad más verdadera que cualquier balance anual”.
Después fue la viuda de la calle Rosamel. Permaneció dos días enteros junto a la cocina, preparando café cada mañana para su esposo muerto. Cuando las vecinas trataron de convencerla, respondió con una mansedumbre terrible:

- Ya volvió una vez. Si no llega ahora es porque alguien le entretuvo el camino.

Un aprendiz de relojero despertó persuadido de que su corazón marcaba las horas del barrio. Se negaba a moverse deprisa “para no adelantar el tiempo”. Una costurera pasó una semana buscando, entre los botones de su taller, la puerta diminuta por la que en sueños había escapado de su matrimonio. Un veterano de guerra, que durante años no había conseguido cerrar los ojos sin oír detonaciones, tuvo una sola noche de paz en un sueño tejido por Lirio y después, incapaz de soportar el regreso al horror cotidiano, quiso comprar diez más.

La ciudad comenzó a hablar.

Primero con fascinación. Luego con codicia. Por último con miedo.

En tabernas, lavanderías, patios interiores y tranvías, el nombre de Lirio circulaba con la velocidad de las cosas que tocan necesidades universales. Los desesperados acudían a él en mayor número cada noche. También los curiosos, y esa clase de gente es siempre más peligrosa. Querían “probar” un sueño, “ver cómo era”, “descansar un poco”, “recordar algo”, “olvidar otra cosa”. Lirio rechazó a muchos. Nunca trabajaba por capricho. El sueño, lo sabía bien, no es entretenimiento inocente cuando se manipula con precisión.

Aun así, siguió tejiendo.

Quizá por compasión. Quizá por orgullo. Quizá porque el oficio, una vez se ha adherido al alma, exige ser ejercido igual que un pulmón exige respirar.

Cada amanecer llegaban más recuerdos a sus frascos. El callejón empezó a oler a vidrio caliente, a sal, a tinta y a nostalgia. Los estantes improvisados se multiplicaron. Había frascos con nombres, edades, objetos asociados: **Marcel, 42 años, caballo de**

madera. **Ester, 19 años, sopa quemada**. **Julián, 63 años, bufanda roja**. Algunas etiquetas estaban impecables; otras temblaban, escritas tras noches de labor demasiado larga. De vez en cuando, Lirio abría uno y dejaba escapar apenas una brizna del recuerdo para incorporarla a un nuevo tejido. Era entonces cuando un sueño ajeno se iluminaba con la intimidad de otro, y los durmientes despertaban convencidos de haber visitado un país olvidado de sí mismos.

Pero los sueños perfectos tienen una perversidad intrínseca: enseñan por contraste la pobreza del mundo despierto.

Esa era la verdadera plaga.

No hacía falta que todo el mundo se arrojara de balcones o aguardara muertos en cocinas. Bastaba con que miles de personas comenzaran a mirar su vida diurna con una decepción nueva, corrosiva. Tras una noche en la que la madre ausente regresaba con olor a lluvia, ¿cómo aceptar otra vez una habitación vacía? Después de volar sobre los tejados de cobre, ¿cómo soportar la oficina, la fábrica, la tos, la deuda, el matrimonio infeliz, la artrosis, la rutina?

Lúmina empezó a despertar malhumorada, febril, descentrada.

Los dueños de negocios se quejaron de empleados distraídos. Los sacerdotes hablaron desde los púlpitos contra las “imitaciones sacrílegas del consuelo”. Los médicos denunciaron crisis nerviosas, estados de confusión, despertares llorosos, somnolencias voluntarias. Y los vendedores de sombra, que conocían mejor que nadie la economía del miedo, empezaron a susurrar que aquel tejedor estaba desequilibrando el precio mismo de la noche.

El alcalde convocó una reunión extraordinaria.

Se llamaba Baltasar Oneto y poseía esa clase de rostro que parece tallado para ser obedecido más que querido. Gobernaba Lúmina con el celo pulcro de quien cree que una ciudad se administra como un reloj: cada pieza en su sitio, cada desviación limada, cada misterio convertido en reglamento. Detestaba las fugas, las metáforas y todo aquello que no pudiera archivarse.
Escuchó en silencio los informes: un banquero caído, una viuda catatónica, comerciantes irritados, sacerdotes inquietos, rumores crecientes. Al final solo preguntó:

- ¿Dónde está?

Nadie supo responder con exactitud.

- En los callejones sin nombre -dijo un inspector.
- Entonces póngales nombre -replicó el alcalde.

Así empezó la cacería.
No fue una persecución brutal al principio. Más bien una red de vigilancia. Guardias rondando ciertos barrios a deshora. Interrogatorios suaves a panaderos, lavanderas, cocheros, serenos. Registro de pensiones. Prohibición discreta de vender sombras después de medianoche sin licencia. Los periódicos ya no hablaban de “incidentes de confusión onírica”, sino de **la plaga de los sueños perfectos**.
Lirio leyó ese título en un ejemplar abandonado sobre un banco de la plaza.
No sonrió. Tampoco se alarmó de inmediato. Había sospechado desde el comienzo que su oficio, tolerado mientras permaneciera marginal y útil a los desdichados, se volvería intolerable en cuanto mostrara capacidad de alterar la conducta colectiva. Lo sabía. Sin embargo, ver las palabras impresas le produjo una punzada seca. Una cosa es comprender la naturaleza de los hombres; otra, acostumbrarse a ella.
Esa noche acudieron menos clientes, pero eran peores.

Ya no llegaban solo tristes, sino hambrientos. Deseaban repetir. Volver. Intensificar. Dormir más hondo, más lejos, más tiempo. Uno quiso soñar quince años seguidos de una vida mejor. Una mujer pidió pasar una sola noche en la infancia y despertarse anciana si era necesario. Un actor exigió un sueño donde el público al fin lo amara sin reservas. Lirio los rechazó a casi todos.

- No vendo paraísos -dijo.
- Pero los tejes -le espetó uno, furioso.

No respondió.

Solo siguió aceptando a los verdaderamente desesperados. Los que no querían lujo onírico, sino un respiro. Una tregua. Una imagen soportable con la que atravesar el día siguiente.

Fue entonces cuando empezó a cambiar su manera de trabajar.

Comprendió que los sueños demasiado perfectos eran cuchillas envueltas en terciopelo. De modo que decidió introducir fallas. Imperfecciones. Hilos rotos. No más jardines impecables ni reencuentros tan exactos que el alma se negara luego a soltarlos. Comenzó a usar en sus tejidos restos de pesadillas, temores sin reclamar, sobresaltos interrumpidos.

El resultado fue extraño.

Un niño soñó que era un reloj y marcaba las horas con los latidos de su propio corazón. Despertó asustado, sí, pero también maravillado, y pasó el día escuchando su pecho con una atención nueva. Una anciana soñó que era una semilla enterrada en su propia tumba y que desde allí empujaba hacia arriba hasta romper la tierra convertida en tallo. Despertó riendo. Un panadero soñó que sus hogazas eran lunas pequeñas que fermentaban canciones. Una mujer ciega soñó con un cuarto lleno de ventanas, pero ninguna se abría hacia afuera sino hacia recuerdos de otras personas.

Los sueños ya no eran consuelo directo. Eran algo más ambiguo: fábulas íntimas, visiones deformadas, alivios oblicuos.
Y la gente empezó a retirarse.
Los curiosos dejaron de acudir. Los adictos a la perfección onírica lo llamaron estafador, loco, cobarde. Solo continuaron buscándolo quienes estaban tan quebrados que cualquier forma del sentido les bastaba. Los desesperados, en suma. Los únicos con los que Lirio sentía que aún podía hablar sin mentir.
Sin embargo, el daño ya estaba hecho.
La ciudad no olvidó los primeros sueños. El alcalde tampoco.
Se pegaron carteles en plazas y estaciones: una recompensa por información veraz sobre el llamado Tejedor de Sueños. Los ilustradores, que no conocían su rostro, lo dibujaron con los rasgos grotescos que el miedo siempre prefiere: ojos fosforescentes, manos de garra, una rueca hecha con huesos infantiles. Los niños jugaban a cazarlo en las callejas. Las madres cerraban antes las ventanas.
Y Alba, mientras tanto, pasaba a veces por la boca del callejón sin entrar.
La pérdida de su primer pensamiento había dejado algo raro en ella. No menos dolor, sino dolor sin llave. Recordaba a su madre, sí. Recordaba la estación soñada, las alas, el abrazo. Pero cuando intentaba volver al centro exacto de la herida -a ese instante donde todo se resumía en una puerta abierta o no abierta- encontraba un vacío cuidadosamente recortado. Aquello la inquietaba más que el propio abandono. Como si le hubieran robado no una espina, sino la manera precisa en que esa espina estaba clavada.
Una tarde, escondida tras unos cajones, vio pasar a dos guardias frente al callejón de Lirio. No se

detuvieron, pero uno señaló hacia dentro con gesto dubitativo. Alba sintió un impulso tan repentino como violento de correr a avisarlo. No lo hizo. Permaneció inmóvil, apretando el borde del morral hasta que las uñas le dolieron.
Esa noche soñó sin ayuda.
No vio a su madre. Solo una puerta suspendida en mitad del aire, abriéndose y cerrándose sin ruido. Al despertar no recordaba por qué le daba tanto miedo.
En otra parte de la ciudad, Lirio estaba clasificando frascos cuando comprendió por primera vez que tal vez no iba a poder seguir mucho tiempo. No por la cacería. Tampoco por los clientes. Sino porque cada sueño tejido lo dejaba más cansado. Como si las hebras de la realidad se resistieran ahora a ser tomadas, y él tuviera que arrancarlas con mayor esfuerzo.
Sostuvo una botella vacía a la altura de los ojos. En el cristal se reflejó, por un instante, un hombre más viejo del que era.
Afuera, Lúmina seguía respirando bajo sus farolas moribundas.
Y en algún lugar aún invisible, algo sin rostro se estaba acercando.

Capítulo V. Los hilos rotos

El cambio no fue solo en la ciudad. Fue, sobre todo, en las manos de Lirio.
Hasta entonces sus dedos habían obedecido con una docilidad casi natural, como si hubieran sido engendrados para atravesar la materia invisible del sueño. Pero después de la plaga, después de los titulares y la cacería y la retirada de los curiosos, empezó a notar pequeñas traiciones. Un temblor al cerrar una costura. Una resistencia inesperada al tirar de un hilo de memoria. La sensación de que ciertos

sueños ya no querían nacer o, peor todavía, querían nacer torcidos.
Lo atribuyó al cansancio.
Sin embargo, el cansancio ordinario se cura con reposo, y Lirio no conocía el reposo. Dormía poco y mal, en una habitación prestada sobre la relojería de un tuerto llamado Soren, quien le alquilaba un colchón estrecho y nunca hacía preguntas mientras el pago llegara en silencio y puntualidad. Desde la buhardilla de Soren, Lirio oía por las noches el rumor inmenso de Lúmina cambiando de postura en la oscuridad. Cadenas de tranvías. Campanas remotas. Un bebé llorando en otra calle. El silbato del sereno como una puntada mal dada sobre la tela del barrio.
A veces abría alguno de sus frascos para conciliar el sueño.
No los recuerdos intensos ni los cargados de culpa. Elegía cosas mínimas: el sonido de una cuchara golpeando el borde de una taza en una cocina madrugadora; el olor de una camisa secándose al sol; la sensación de unos pies descalzos sobre baldosas frías antes de que el día empezara a exigir nada. Los dejaba escapar apenas un instante, lo suficiente para que la habitación se impregnara de una intimidad prestada, y luego los encerraba de nuevo con la misma delicadeza con que otros apagan una vela.
Aquella noche eligió mal.
Abrió un frasco sin mirar la etiqueta, confiando en la memoria de sus dedos, y de inmediato la buhardilla se llenó de un aire distinto. No fue un olor ni un sonido, sino una presencia. Una espera. La habitación se volvió andén. El techo inclinado pareció cubrirse de cristal empañado. En algún sitio, muy cerca y muy lejos a la vez, un tren respiró sin moverse.
Lirio cerró el frasco de golpe.
Demasiado tarde.

La visión no desapareció de inmediato. Sobre la pared del fondo vibró durante un segundo la silueta de una puerta entreabierta, y al otro lado no había luz ni oscuridad, sino una clase de profundidad que no pertenecía a ningún sitio humano. Sintió un frío seco subirle por los brazos. Miró la etiqueta.

Alba, 7 años, puerta.

Se quedó inmóvil.

Comprendió entonces que algunos recuerdos, cuando se les arranca la voluntad de volver, no quedan inertes. Se pudren de otra manera. Se reorganizan en silencio. Aprenden.

A la mañana siguiente, al bajar al callejón, encontró uno de los estantes caído. Tres frascos habían rodado por el suelo, intactos, pero colocados en semicírculo alrededor de la caja azul donde guardaba los amaneceres más delicados. No había entrado nadie. La cera de la puerta seguía sin romper, y el polvo del suelo conservaba intacta la escritura de las ratas.

Lirio recogió los frascos lentamente.

Cuando alzó la caja azul, sintió en la madera una vibración mínima, como un corazón muy cansado.

Esa misma noche acudió Alba.

No había pasado por la boca del callejón ni se había quedado escondida detrás de cajones: entró de frente, con esa gravedad silenciosa que la infancia adquiere cuando ha tenido demasiado tiempo para mirar el dolor de cerca. Llevaba pan en el morral y una rodilla vendada.

Lirio la observó sin hablar.

Alba hizo lo mismo.

—Te buscan —dijo ella al cabo.

—Lo sé.

—Hoy vi carteles nuevos. En uno te pusieron cuernos.

—Es una mejora artística.

La niña no sonrió, pero los ojos le temblaron un instante, al borde de una risa que no terminó de nacer.
—También dijeron en la panadería que haces que la gente se vuelva tonta.
—A veces la gente ya llega bastante adelantada en ese trabajo.
Esta vez sí sonrió, muy poco, con una cautela que partía el alma.
Luego miró los frascos.
—He soñado otra vez con la puerta.
Lirio sintió cómo el aire se tensaba entre ambos.
—Cuéntamelo.
—No estaba en una estación. No había nadie. Solo la puerta. Se abría y se cerraba sola, pero no porque hubiera viento. Era como si alguien del otro lado intentara aprender a entrar.
El tejedor guardó silencio. Alba dio un paso más.
—Y esta vez me llamó.
—¿Con la voz de tu madre?
—No. Con mi propia voz.
Aquello le produjo a Lirio una punzada nítida, casi física. Confirmaba lo que ya temía: el recuerdo arrancado no solo seguía activo, sino que estaba usando la pérdida como umbral. Los recuerdos robados siempre conservaban algo de quien los había dado. Pero esto era otra cosa. Una costura mal hecha entre sueño, ausencia e identidad.
—Escúchame bien, Alba —dijo—. Si vuelves a verla, no abras nada. No la sigas. Y si te llama con tu voz, menos todavía.
La niña frunció el ceño.
—¿Es mi madre o no?
Lirio tardó demasiado en responder.
—Ya no lo sé.
Alba clavó en él esa mirada inflexible de los niños que merecen una verdad aunque los destruya.

—Tú dijiste que volvería.
—Y volvió.
—Entonces la rompiste.
El golpe de la frase fue limpio.
Lirio no se defendió. No había defensa digna.
—Puede ser —dijo.
Alba asintió, como si hubiera confirmado algo que ya sabía, y dejó el trozo de pan sobre la caja donde Lirio apoyaba los frascos.
—La señora Bruna dice que cuando se quema una hornada no se salva el humo. Pero a veces se salva la masa de abajo.
—Bruna es una filósofa encubierta.
—Bruna es una mujer que grita mucho.
—No son oficios incompatibles.
La niña miró la caja azul.
—¿Ahí está lo mío?
Lirio no quiso mentirle.
—Sí.
—Quiero verlo.
—No.
—Es mío.
—Ya no del todo.
Alba apretó la mandíbula.
—Entonces lo voy a recuperar.
No fue una amenaza. Fue una promesa.
Se marchó antes de que él pudiera detenerla, y el callejón se quedó con esa clase de silencio que no es vacío sino antesala.
Aquella madrugada, Lirio intentó tejer y no pudo.
Los hilos se rompían antes de anudarse. Un sueño sencillo para un hombre con dolor de muelas acabó en una visión absurda de peces flotando en una iglesia inundada. Una anciana que pedía dormir sin ver a su hijo muerto recibió, sin querer, un jardín donde todas las flores susurraban su nombre. El tejedor interrumpió

ambos trabajos, devolvió a los clientes lo poco que aún no habían entregado y cerró antes del alba.
Por primera vez en años, admitió una idea intolerable: **había perdido el control de su oficio.**
Y cuando un artesano pierde el control de aquello para lo que existe, el mundo entero empieza a oler a ruina.

Capítulo VI. El archivo de las cosas perdidas

La única persona en Lúmina que quizá podía entender lo que estaba ocurriendo no era un sacerdote, ni un médico, ni un funcionario de esos que convertían los desastres en expedientes. Era una mujer a la que la ciudad llamaba, con mezcla de respeto y fastidio, **Madame Cerda**, propietaria de la tienda de espejos donde nadie entraba dos veces con el mismo rostro.
Lirio fue a verla al mediodía, cuando la luz volvía a los objetos más sinceros y, por tanto, más crueles.
La tienda olía a metal viejo y lavanda seca. Había espejos convexos, empañados, partidos, deformantes, redondos como lunas enfermas o altos como puertas de confesionario. En ninguno se reflejaba el local exactamente igual. En uno, Lirio parecía un niño extenuado. En otro, un anciano ahogado. En un tercero, no aparecía del todo.
Madame Cerda estaba sentada al fondo, cosiendo el borde de un guante negro.
—Has tardado —dijo, sin mirarlo.
—No sabía si usted seguía aquí.
—Las malas costumbres duran más que los buenos gobiernos. Acércate.
Lirio obedeció.
La mujer tenía una edad imposible de calcular. No porque pareciera joven, sino porque parecía haber superado la fase en que los años sirven para medir a

alguien. Su pelo blanco estaba recogido en una trenza severa. Sus ojos eran pequeños y filosos, como si vieran el mundo con tijeras.
—Traes algo abierto —dijo.
—No exactamente.
—Peor. Traes algo arrancado.
Lirio sintió un cansancio súbito, como si al fin pudiera soltar el peso delante de alguien que conociera su idioma secreto.
Le contó lo esencial: Alba, la puerta, el frasco, la visión en la buhardilla, los sueños torcidos. Madame Cerda escuchó sin interrumpir, solo alzando una ceja de vez en cuando, como quien confirma que la desgracia tiene una lógica impecable cuando se la deja trabajar sola.
Al terminar, la mujer dejó el guante en su regazo.
—Has cometido el error más antiguo de tu oficio.
—¿Cuál?
—Creer que extraer el dolor es lo mismo que ordenarlo.
Lirio bajó la vista.
—Yo no extraigo dolor. Extraigo amaneceres.
—No te engañes con delicadezas léxicas. Tomas el primer pensamiento, que es la bisagra entre lo soñado y lo vivido. Si robas una bisagra, no desaparece la puerta: se descuelga.
El silencio entre ambos fue breve y afilado.
—¿Qué he soltado? —preguntó él.
Madame Cerda se puso en pie con una lentitud de amenaza ritual. Lo condujo hasta un espejo alto, de marco ennegrecido.
—En Lúmina no solo se venden sombras —dijo—. También se compran ausencias. Y toda ausencia, si se acumula con suficiente hambre, acaba queriendo forma. Tu ciudad está llena de eso: madres que se van, hijos que no vuelven, palabras tragadas, cartas nunca abiertas, duelos interrumpidos. Tú has vivido años

recolectando las primeras puntadas de esas pérdidas.
¿Dónde creías que iba a quedarse todo?
—En los frascos.
Madame Cerda casi sonrió.
—Nada vivo cabe tanto tiempo en un frasco.
Tocó el espejo con los nudillos.
La superficie se onduló apenas.
—Bajo esta ciudad hay un archivo —dijo—. No de papeles. De residuos. Cada oficio extraño deja uno. Los vendedores de sombra tienen el suyo. Los campaneros del río, el suyo. Los que trabajan con el sueño dejan el más peligroso: el archivo de las cosas que no aceptaron terminar. Si ese recuerdo de la niña se ha convertido en puerta, no está abriéndose hacia su madre. Está abriéndose hacia ahí.
—¿Dónde?
—Hacia todo lo que insiste en volver sin tener ya derecho.
Lirio sintió el frío de una comprensión incompleta.
—¿Puede cerrarse?
—Sí.
—¿Cómo?
Madame Cerda lo miró con una piedad tan pequeña que resultó más dura que el desprecio.
—Devolviendo lo que no era tuyo guardar.
—¿Todos los frascos?
—Todos los que hayan aprendido a latir.
La palabra cayó como una sentencia. Lirio pensó en sus estantes, en las etiquetas diminutas, en los amaneceres salvados de la intemperie, en el tejido entero de su oficio sostenido precisamente por aquello que otros le habían entregado. Devolverlos significaba deshacer su poder. Tal vez su identidad.
—Si los libero —dijo—, la ciudad se llenará de recuerdos ajenos.

—La ciudad ya está llena de ellos. La diferencia es que ahora creen que están contenidos. Esa ilusión también va a romperse.
Madame Cerda abrió un cajón y sacó una llave delgada, de plata oscura.
—Debajo del viejo teatro de ópera hay una puerta que ya no figura en ningún plano. Esta abre la primera cerradura. La segunda tendrás que encontrarla tú.
—¿Por qué ayudarme?
—Porque cuando los vivos dejan demasiadas cosas a medio cerrar, acabamos pagándolo todos.
Lirio tomó la llave.
Antes de irse, la mujer añadió:
—No vayas solo.
—No pienso arrastrar a nadie a esto.
—No me refiero a un ayudante. Me refiero a la niña. La puerta la reconoce.
Lirio levantó la cabeza.
—Es demasiado pequeña.
—También lo era la herida.
No hubo nada más que decir.
Al salir de la tienda, encontró a dos guardias al fondo de la plaza pegando un cartel nuevo con su retrato imaginario. Esta vez le habían añadido alas de murciélago y una corona de agujas. Uno de ellos se volvió por casualidad y sus ojos rozaron a Lirio sin reconocerlo.
El tejedor siguió caminando.
Entendió que el tiempo se había reducido de golpe. Ya no bastaba con esconderse, ni con tejer menos, ni con introducir fallas misericordiosas en los sueños. La amenaza tenía una raíz más honda, y esa raíz conocía ya el nombre de Alba.
Fue a buscarla a la panadería de Bruna.
La encontró dormida sobre sacos de harina, con la mejilla marcada por la costura de una manta áspera y

una mano cerrada sobre nada. La panadera lo vio entrar, tensó el cuerpo y agarró el palo con que apartaba las hogazas del horno.
—Si vienes a empeorarle la vida, sales por la puerta o por la ventana, y te aseguro que la ventana está más alta.
—Vengo a evitarlo.
Bruna lo estudió un momento.
Era una mujer inmensa, sí, pero no solo de cuerpo. Tenía esa amplitud moral de quienes se pasan el día fabricando algo necesario con las manos y por eso han dejado de admirar a los que viven de lo raro. Aun así, había en sus ojos inteligencia bastante para distinguir entre un embaucador satisfecho y un hombre genuinamente asustado.
—Habla —dijo.
Lirio habló.
No todo. Bruna no habría tolerado metáforas innecesarias. Le dijo lo suficiente: que el sueño de Alba había abierto algo, que la niña corría peligro, que necesitaba llevarla consigo una noche para cerrar lo que se había torcido.
Bruna escuchó con los brazos cruzados. Cuando él terminó, miró a Alba dormida.
—Si le mientes, te rompo los dedos —dijo.
—Sería comprensible.
—No. Sería pedagógico.
La panadera despertó a la niña con una suavidad sorprendente en alguien de manos tan grandes. Alba abrió los ojos, vio a Lirio y se incorporó enseguida.
—Ha venido a por ti —dijo Bruna—. Parece que por fin se ha cansado de hacer tonterías a medias y quiere arreglar alguna.
Alba no apartó la vista del tejedor.
—¿Vamos a recuperar lo mío? —preguntó.
Lirio respiró.

—Vamos a intentar cerrar la puerta.
La niña se puso en pie.
—Eso no es lo mismo.
—No.
—Entonces tendrás que explicármelo mientras caminamos.
Y así, sin ceremonia, quedaron unidos por la única clase de pacto que merece respeto: el que nadie desea y ambos necesitan.

Capítulo VII. Bajo el teatro de ópera

El viejo teatro de ópera de Lúmina llevaba once años cerrado.
Su fachada seguía siendo hermosa a la manera de los cuerpos que la ruina vuelve más veraces. Las cariátides del pórtico habían perdido dedos y narices; las columnas estaban veteadas de humedad; el cartel de la última función colgaba aún, desteñido, anunciando una soprano muerta dos inviernos después de su propio fracaso. Las palomas habían hecho del alero una república blasfema.
Llegaron pasada la medianoche.
Bruna insistió en acompañarlos hasta la plaza y allí los dejó, con un farol de aceite y un cuchillo de pan que, según dijo, servía peor que un arma de verdad pero mejor que la confianza.
—Si no salís antes del amanecer —declaró—, entro yo. Y lo que encuentre abajo tendrá mis modales.
Después se quedó en un banco, enorme y vigilante como una estatua con delantal.
Lirio y Alba rodearon el teatro hasta una puerta lateral cubierta por tablones. La llave de Madame Cerda encajó en una cerradura casi disuelta por el óxido. Al girarla, la madera crujió como si despertara de una siesta larga y resentida.

Dentro olía a terciopelo muerto, polvo y agua encerrada.
Avanzaron con el farol alzado. El vestíbulo estaba cubierto de sábanas grises que convertían las estatuas y los muebles en fantasmas domésticos. Un piano abierto mostraba los dientes amarillentos del teclado. Sobre el suelo había programas de mano deshechos por la humedad, máscaras de utilería, plumas, una zapatilla de danza sin pareja.
—¿Da miedo a propósito? —susurró Alba.
—Los lugares donde se aplaudió mucho suelen darlo después —respondió Lirio.
Atravesaron la sala principal. Los palcos parecían ojos vacíos. El telón, medio caído, tenía un tajo vertical que descendía hasta el escenario como una herida de tela. En el centro de la platea, entre butacas cubiertas de moho, encontraron la trampilla que no figuraba en ningún plano visible.
La segunda cerradura no estaba en el hierro.
Estaba en el aire.
Lirio lo comprendió al sentir esa resistencia particular, esa densidad invisible de los umbrales hechos con otra clase de materia. Cerró los ojos, alzó la mano libre y palpó despacio el espacio sobre la trampilla. Allí, en plena nada, encontró el contorno de una forma: una costura. Una frase. Un mecanismo tejido con voluntad de olvido.
—Necesito silencio —murmuró.
Alba guardó silencio.
Lirio usó no dedos, sino memoria. Pensó en todos los objetos que abren sin entrar del todo: ventanas mal cerradas, cartas empezadas, despedidas interrumpidas, ojos que no se atreven a llorar aún. Con esos equivalentes empujó el cierre invisible, y la resistencia cedió con un suspiro que pareció salir del edificio entero.

La trampilla se abrió.
Descendieron por una escalera de caracol hacia un subsuelo que no pertenecía al teatro, ni quizá a la ciudad tal como el resto la entendía. El aire se volvió más frío, pero no húmedo; más bien tenía la sequedad de las habitaciones donde se conservan reliquias.
Abajo no había paredes de piedra sino estanterías.
Estanterías interminables.
No llenas de libros, sino de cosas imposibles de archivar sin blasfemar un poco contra el sentido común: ecos envueltos en gasa, cartas nunca enviadas dobladas en formas de ave, mechones de pelo cortados por despecho, nombres olvidados colgando como etiquetas sin abrigo, risas infantiles petrificadas en cristal, promesas con el lacre intacto, lutos detenidos a medio coser.
Alba giró sobre sí misma, boquiabierta.
—¿Qué es esto?
—Lo que la ciudad no acabó de vivir —dijo Lirio.
Caminaron entre los pasillos.
Algunas cosas murmuraban al paso del farol. Otras se agitaban apenas, deseando ser miradas. En una balda baja, Alba vio una taza rota de la que seguía saliendo vapor. En otra, un ramo de flores secas se deshacía y se recomponía sin cesar. Más allá, una cajita de música giraba en silencio porque le habían confiscado la melodía.
Al fondo del archivo, donde las estanterías se curvaban como si crecieran hacia un centro común, había una puerta.
No descansaba sobre muro alguno. Estaba sola, erguida en medio de la oscuridad, con el marco hecho de madera vieja y herrajes de estación ferroviaria. Cada pocos segundos se entreabría un palmo y volvía a cerrarse. Desde la rendija salía una luz gris, no brillante sino expectante.

Alba dejó de respirar un instante.
—Es esa.
Sí. Era esa.
Lirio sintió el frasco de la caja azul pesándole en el bolsillo interior del abrigo. Cada latido de la puerta parecía responder al suyo.
Y entonces oyó pasos detrás.
No eran de Bruna. Tampoco de Alba.
Eran varios, medidos, oficiales.
El alcalde Baltasar Oneto apareció al final del pasillo acompañado por dos guardias y una mujer de luto severo a la que Lirio reconoció con un disgusto helado: la madre superiora del Hospicio de la Luz Cautiva, una institución especializada en llamar disciplina a cosas peores.
Oneto llevaba un farol propio y una expresión de hombre al que la razón por fin ha encontrado pruebas para ejercer violencia con elegancia.
—Sabía que bajo cada superstición decente hay siempre una administración clandestina —dijo.
Lirio se volvió despacio.
—No debería estar aquí.
—Y, sin embargo, aquí estamos ambos. La diferencia es que yo he venido a cerrar un problema público.
Alba retrocedió un paso hasta colocarse junto a Lirio.
El alcalde la miró como se mira un dato inconveniente.
—La niña también —continuó—. El expediente mencionaba una menor vinculada al primer caso relevante.
—No somos expedientes —dijo Alba.
Oneto apenas pestañeó.
—Todo el mundo lo es cuando empieza a afectar al resto.
La mujer de luto intervino con una voz fina y áspera:

—Esos recipientes —dijo, señalando el abrigo de Lirio — contienen materia espiritual en estado de confusión. Deben ser requisados.
—No saben lo que hacen —respondió Lirio.
—Lo mismo se dijo de ti —replicó el alcalde.
La puerta del fondo se abrió un poco más.
Algo respiró del otro lado.
El archivo entero pareció inclinarse hacia esa respiración.
Oneto alzó la mano para ordenar a los guardias avanzar, pero Alba habló antes.
—Si la abren del todo, sale algo.
Por primera vez el alcalde la miró de verdad.
—¿Qué?
La niña tragó saliva.
—No mi madre.
Hubo una honestidad tan desnuda en esa frase que incluso los guardias vacilaron.
Lirio aprovechó ese mínimo corte del tiempo. Sacó el frasco de Alba, rompió el sello de cera contra el borde de una estantería y lo alzó frente a la puerta.
Dentro, el pensamiento arrancado no era ya una gota opaca. Era una escena mínima y feroz: una niña, una puerta, el deseo de no haberla abierto nunca. Dolor concentrado en mecanismo.
La puerta respondió con una sacudida.
Se abrió de golpe hasta la mitad.
La luz gris se derramó sobre el archivo como agua muerta, y de ella empezó a salir una figura.
No tenía forma fija. A ratos parecía una mujer de abrigo gris. A ratos, un montón de estaciones superpuestas. A ratos, un hueco con voz. Tenía alas hechas de billetes viejos, humo de tren, trozos de canción recordada a medias. Su rostro no era el de la madre de Alba ni dejaba de serlo del todo. Era lo que la ausencia había fabricado con el hambre de regreso.

—Alba —cantó.
La niña se estremeció entera.
Oneto dio un paso atrás. Uno de los guardias dejó caer el farol, que no se apagó pero sí empezó a derramar una luz temblorosa y cobarde sobre los estantes.
La figura avanzó sin tocar el suelo.
—Abriste la puerta.
Alba apretó los puños.
—No. La abrió él.
Y señaló a Lirio.
La criatura giró apenas. Por un momento, donde debía haber ojos hubo dos vacíos de andén interminable.
—Los tejedores siempre abren —cantó—. Por eso las ciudades los esconden cerca del cansancio.
El archivo entero comenzó a vibrar. Estantes y reliquias susurraron al unísono. Lirio comprendió que ya no había opción de contener aquello con técnica ni con argumentos. La puerta se nutría de toda pérdida que no hubiera aceptado su forma final. Y la ciudad estaba hecha de eso.
Solo quedaba una posibilidad: **devolver.**

Capítulo VIII. La noche de los frascos abiertos

Lirio se quitó el abrigo.
No con dramatismo, sino con la precisión resignada de quien sabe exactamente qué va a perder. Del forro interior fue sacando, uno tras otro, pequeños frascos que había guardado para remiendos, pruebas, trabajos futuros o simple debilidad. Luego abrió la bolsa de cuero que llevaba al cinto y volcó más sobre el suelo. Decenas de amaneceres rodaron entre motas de polvo y luz gris.
Oneto lo miró horrorizado.
—¿Qué hace?

—Desmontar mi oficio.
La criatura del umbral se detuvo, atenta.
Lirio alzó la voz, no hacia el alcalde, sino hacia el archivo entero.
—Lo que tomé prestado vuelve. Lo que até, se suelta. Lo que guardé, regresa a sus dueños o a su pérdida.
Y comenzó a romper sellos.
Uno tras otro.
La sala se llenó de estallidos mínimos, como si centenares de insectos de cristal echaran a volar a la vez. De cada frasco salió algo distinto: olor a sopa quemada, un caballo de madera girando en la nada, una bufanda roja agitada por un viento de invierno, el nombre de una hija pronunciado por primera vez, una risa con leche en los labios, el calor de un pecho donde alguien aprendió a llorar sin ruido.
Los recuerdos no cayeron. Se dispersaron.
Subieron como luciérnagas obstinadas, atravesaron estanterías, se colaron entre las grietas del teatro y salieron a la ciudad.
En ese mismo instante, Lúmina empezó a despertar donde aún no dormía.
Una costurera dejó caer la aguja al recordar, de golpe y con una precisión dolorosa, la tarde exacta en que decidió no marcharse.
Un anciano en una pensión se llevó la mano a la boca al oír otra vez la voz de su madre llamándolo por el apodo que nadie conservaba.
La viuda de la calle Rosamel comprendió, de una sola vez y sin misericordia, que llevaba tres inviernos poniendo dos tazas en la mesa para retrasar una verdad.
Un veterano de guerra recordó la primera mariposa que vio después del frente y rompió a llorar como no había llorado ni en la trinchera ni en el hospital.
La ciudad entera recibió una lluvia de sí misma.

En el archivo, la criatura gritó.
No fue un sonido humano. Fue el ruido de miles de regresos frustrados chocando contra una pared recién levantada. Sus alas de billetes y humo se deshicieron un poco. La forma de la madre se volvió inestable.
—No —cantó—. No cierres. Las puertas son decisiones.
—También los adioses —dijo Alba.
La niña había avanzado hasta quedar frente a la figura. Lirio quiso detenerla, pero no pudo. Había en ella una calma feroz, la de quienes ya no esperan ser protegidos del todo y por eso encuentran una fuerza ajena a la prudencia.
—Si eres mi madre —dijo Alba—, ya te fuiste.
—Si no eres mi madre, no vuelvas a usar su olor.
La criatura vaciló.
Ese fue el primer daño verdadero que recibió: no el de la magia, ni el del archivo, ni el de los frascos abiertos, sino el del discernimiento. Hay monstruos que solo pueden persistir mientras el deseo los confunde con aquello que imitan.
Oneto, quizá porque por fin comprendió que estaba presenciando algo que el reglamento no cubriría jamás, se quedó quieto. Los guardias también. La mujer de luto empezó a rezar o a maldecir en voz baja; a veces las dos cosas se pronuncian igual.
Lirio buscó a tientas en el suelo el frasco vacío de Alba. Lo encontró.
Quedaba el último gesto: no volver a encerrar la pérdida, sino darle forma soportable. No sustraerla. Nombrarla.
Se acercó a la niña y a la criatura. La puerta vibraba, indecisa, como un corazón sorprendido en mitad de una mentira.
—Alba —dijo—. Necesito que digas la verdad más completa que puedas.

La niña no apartó los ojos de la figura.
Tardó unos segundos. Quizá toda su infancia.
Entonces habló.
—Quise que volviera porque era más fácil que aceptar que me dejó.
—La soñé porque la echaba de menos.
—La abrí porque pensé que si el dolor tenía puerta, también tendría salida.
—Pero no la tiene.
Las palabras no sonaron sabias. Sonaron exactas, que es mejor.
El archivo entero exhaló.
La criatura retrocedió un paso. Luego otro. Cada frase de Alba le arrancaba una capa. Primero se deshizo la voz cantada. Después el olor a lluvia. Luego las alas. Al final quedó solo una silueta de vacío con forma de espera, temblando ante la puerta que la había fabricado.
Lirio alzó el frasco vacío.
No para atraparla, sino para mostrarle que ya no habría recipiente.
—Se acabó —dijo.
La puerta empezó a cerrarse.
La criatura emitió un último sonido, casi pequeño, algo entre queja y cansancio, y fue absorbida por la rendija de luz gris. El marco tembló. Los herrajes gimieron como hierro helado. Luego el batiente encajó por fin.
Silencio.
No un silencio pacífico. Uno exhausto.
Las estanterías dejaron de vibrar. Las reliquias del archivo retomaron su inmovilidad inquieta. El farol caído seguía ardiendo en el suelo como si nada hubiera aprendido gran cosa.
Alba se tambaleó.
Lirio la sostuvo antes de que cayera.
—¿Ya está? —murmuró ella.

—La puerta sí.
—¿Y yo?
Él no respondió enseguida.
—Tú tardarás un poco más.
La niña apoyó la frente en su abrigo sin abrigo, solo un instante, no como gesto de dependencia sino de cansancio. Luego se apartó.
El alcalde se aclaró la garganta.
Fue un sonido ridículo en semejante lugar, pero humano al fin.
—Lo que ha ocurrido aquí —dijo— no puede conocerse tal como ha sido.
Lirio lo miró con una mezcla de fatiga y desprecio.
—Eso sí que parece propio de usted.
Oneto aceptó el golpe sin pestañear.
—Si la ciudad supiera que bajo sus calles existe un depósito de ausencias activas conectado con un mercado ilícito de amaneceres, el pánico haría más daño que el suceso mismo.
—No mienta llamándolo mercado.
—No me obligue a llamarlo delito.
Bruna apareció entonces al pie de la escalera con el cuchillo de pan en alto y el rostro de quien está a un paso de declarar la guerra al subsuelo entero.
—He dado el plazo exacto y mi paciencia se ha acabado —gruñó—. ¿Quién hay que sacar de aquí por las orejas?
La mera visión de aquella mujer gigantesca en medio del archivo tuvo algo tan contundentemente terrestre que la tensión se resquebrajó. Uno de los guardias incluso pareció aliviado.
Alba levantó una mano.
—Ya hemos terminado.
Bruna miró alrededor, los frascos rotos, al alcalde, la puerta cerrada, la cara agotada de la niña, y decidió no

pedir explicaciones inmediatas. Eso también era sabiduría.
—Entonces arriba —dijo—. Y alguien me contará esto sin adornos, porque si hay algo que detesto más que lo sobrenatural es lo sobrenatural dicho con pompa.
Subieron.
Detrás de ellos, el archivo quedó otra vez oculto bajo el teatro dormido, lleno de cosas que no volverían a fingir descanso pero al menos habían dejado de empujar todas a la vez.
Lúmina, mientras tanto, seguía recibiendo la tormenta de sus amaneceres perdidos.
Y el alba estaba cerca.

Capítulo IX. La ciudad que recordó

Hay mañanas en las que una ciudad despierta igual que siempre y, sin embargo, nada de lo que haga ese día puede considerarse rutina. La de Lúmina fue una de esas.
No hubo campanas de alarma ni huidas masivas. El desastre, si se le podía llamar así, tuvo una forma más íntima y por ello más extendida. La gente comenzó a recordar cosas que había entregado a cambio de alivio, descanso, belleza, tregua o pura desesperación. No recuerdos inventados: propios. Perdidos. Sellados. Y con ellos volvieron los hilos que explicaban ciertas grietas.
Algunos lloraron en plena calle.
Otros rieron.
Muchos se sentaron, de pronto incapaces de seguir caminando con la compostura acostumbrada.
La ciudad funcionó peor y mejor a la vez.
En las fábricas se trabajó menos, pero varios obreros hablaron por primera vez como hombres enteros y no como piezas reemplazables. En las iglesias hubo

bancos llenos, no necesariamente de fe sino de gente que necesitaba un lugar donde quedarse quieta sin tener que justificarse. Las panaderías vendieron más porque el dolor, cuando vuelve, abre hambre. Los vendedores de sombra hicieron negocio excelente: media Lúmina quiso un poco de penumbra portátil para pensar.

Los periódicos intentaron explicar la oleada con perífrasis cobardes: **episodio colectivo de reminiscencia**, **reacción nerviosa urbana**, **crisis emocional de origen indeterminado**. Nadie les creyó del todo, pero servían para que el alcalde conservara el mínimo teatro del orden.

Baltasar Oneto cumplió su palabra a medias.

No hizo público lo del archivo ni lo del teatro. Tampoco permitió una persecución abierta contra Lirio. Pero emitió un decreto nuevo: quedaban prohibidos todos los oficios vinculados a la manipulación del sueño, la memoria transferible o las transacciones oníricas no autorizadas por el municipio. Era su manera de clausurar el misterio con membrete.

Cuando alguien le preguntó qué significaba exactamente **transacción onírica**, respondió:

—Lo que haga falta que signifique cuando llegue el momento.

Era una frase perfectamente administrativa y, por tanto, peligrosísima.

Lirio la leyó en una hoja pegada a una pared y no sintió indignación. Solo una especie de agotamiento calmo. No tenía intención de seguir tejiendo del mismo modo. Sin frascos, sin reserva de amaneceres ajenos, sin esa economía secreta de recuerdos ofrecidos y guardados, su antiguo oficio había terminado. Lo sabía. Y en lugar de sentir amputación absoluta, notó algo parecido al hueco que deja un diente enfermo cuando por fin lo

arrancan: dolor, sí, pero también una libertad desagradable y limpia.
Se ocultó durante varios días en la panadería de Bruna. La mujer fingía que aquello la fastidiaba mucho.
—Consumes pan, ocupas espacio y tienes cara de haber traído corrientes raras a mis sacos de harina —gruñía.
Pero le dejaba la sopa servida y apartaba a los curiosos con una mirada que podía desgranar una pared.
Alba, por su parte, cambió de una manera difícil de nombrar.
No se volvió alegre. Eso habría sido vulgar. Tampoco más triste. Sencillamente empezó a vivir con el dolor delante y no detrás de una puerta mal cerrada.
Hablaba a veces de su madre; otras no. Ya no soñaba con la estación todas las noches. Cuando la soñaba, no corría. Se limitaba a mirar cómo los trenes pasaban sin ventanas y cómo algunas cosas se alejan no porque falte amor, sino porque falta el coraje necesario para quedarse.
Una tarde le preguntó a Lirio:
—Si hubieras podido hacerlo bien desde el principio, ¿me habrías dado otro sueño?
Él pensó antes de responder.
—No.
—¿Porque era peligroso?
—Porque tú no necesitabas volver a verla. Necesitabas dejar de esperarla de una forma que te estaba creciendo torcida por dentro.
Alba masticó esa respuesta como se mastica pan duro: despacio y sin entusiasmo, pero sabiendo que alimenta.
—Entonces me mentiste para darme algo peor que la verdad.
—Sí.

La niña asintió.
—Eso hacen mucho los adultos.
Bruna, que estaba amasando cerca, resopló.
—Y a veces hasta creemos que somos nobles por hacerlo.
Lirio miró sus manos.
Aún temblaban un poco cuando la noche era muy larga.
No podía ya tejer sueños completos, pero descubrió otra cosa. Si alguien se sentaba frente a él y hablaba lo bastante despacio, él todavía era capaz de escuchar las costuras del relato: el lugar donde la memoria se quebraba, la imagen que faltaba, el miedo disfrazado de anécdota. No las convertía en sueño; las devolvía en palabras más simples, más toscas, menos seductoras. Y eso, en ciertos casos, ayudaba.
Empezaron a llegar personas a la panadería con pretextos absurdos.
Que si querían pan duro para sopa.
Que si Bruna conocía a alguien que escuchara.
Que si una vecina les había dicho que allí, al fondo, un hombre de abrigo gris podía ordenar recuerdos sin llevárselos.
Bruna protestó durante tres días. Al cuarto, puso una silla extra en el rincón.
—Si esto va a convertirse en consultorio de almas desfondadas —dijo—, al menos que no me bloqueen la salida del horno.
Lirio aceptó esa nueva forma de trabajo con una modestia desconcertada, incluso para él. Ya no había frascos. Ya no había resplandores plateados ni capullos latentes ni noches tejidas con precisión de orfebre. Solo conversación, silencio, metáforas usadas con cuidado, alguna pregunta exacta, y la obstinada negativa a prometer paraísos. A veces bastaba.
A veces no.

Pero lo imperfecto tiene una ventaja moral: no compite con la vida. La acompaña.
En la ciudad, mientras tanto, ocurrieron pequeñas consecuencias que el alcalde nunca llegó a considerar estadísticas aceptables. Hubo menos clientes para los sueños clandestinos porque ya no existían, sí; pero también aumentó el número de personas que escribían cartas que al fin enviaban, o que dejaban de esperar regresos imposibles, o que pedían perdón sin demasiada esperanza de absolución. No era una transformación gloriosa. Era más modesta y más útil: la gente empezó a soportar mejor la intemperie de ser quienes eran.
Incluso los vendedores de sombra adaptaron el negocio.
Comenzaron a ofrecer, además de penumbra para ocultar, pequeñas sombras tibias "para pensar sin prisa". Tuvieron éxito inmediato. Lúmina seguía siendo Lúmina: hasta la reflexión necesitaba formato comercial.
Un anochecer, cuando el aire olía a río y a hierro enfriado, Baltasar Oneto visitó la panadería sin escolta. Bruna lo vio entrar y levantó la ceja con hostilidad profesional.
—Si viene a clausurarme, compre antes una hogaza. No regalo dignidad institucional.
El alcalde ignoró la broma o fingió no haberla oído. Miró a Lirio, que estaba sentado al fondo, y avanzó hasta él.
—No he venido por decreto —dijo—. He venido por una pregunta.
Lirio aguardó.
Oneto tardó más de lo esperable en formularla.
—Mi esposa —dijo al fin— murió hace nueve años. Desde entonces sueño cada mes que regresa a casa y no me reconoce.

No era confesión; era informe íntimo.
—¿Y qué quiere saber? —preguntó Lirio.
—Si eso significa algo.
Lirio lo contempló un momento. El hombre seguía siendo rígido, severo, administrativamente insufrible. Pero también era, en ese instante, un viudo cansado pidiendo una traducción.
—Sí —dijo—. Significa que teme haber seguido viviendo de una forma que la habría vuelto extranjera para usted.
El alcalde bajó la mirada.
—Eso no me gusta.
— Las verdades útiles rara vez gustan.
Oneto hizo un gesto casi imperceptible, quizá de asentimiento, quizá de fatiga.
—No reabriré la investigación —dijo.
—No tiene ya mucho que investigar.
—No. Pero una ciudad no siempre necesita pruebas para encontrar culpables.
Se marchó sin comprar pan.
Bruna bufó.
—Cada oficio produce su propia especie de inútil elegante.
Lirio sonrió apenas.
Era la primera vez en muchos meses.

Capítulo X. El tejedor que dejó de tejer

Pasó el tiempo, que en Lúmina no transcurría igual en todos los barrios ni para todos los oficios, pero aun así pasaba.
El teatro de ópera fue tapiado de nuevo. Oficialmente por riesgo de derrumbe. Extraoficialmente, porque hay puertas que conviene no mirar demasiado aunque se sepa cerradas. Madame Cerda siguió en su tienda de espejos, envejeciendo de formas contradictorias. Bruna

amplió la panadería con dos mesas más y una ventana que daba mejor al amanecer. Decía que lo hacía por el negocio. Alba sostenía que lo hacía porque le gustaba ver entrar la luz sin pedir permiso.

Lirio dejó de vestir el abrigo gris cuando el forro empezó a deshacerse. Bruna se lo remendó una vez; a la segunda, lo convirtió en trapos para envolver hogazas calientes. A él no le molestó. Le pareció justo que una prenda hecha de niebla seca terminara sirviendo para sostener pan.

Siguió escuchando a la gente.

Nunca recuperó del todo las manos de antes. Si alguna vez intentaba palpar los antiguos hilos del sueño, sentía la resistencia de una puerta bien cerrada. Pero desarrolló otra destreza. Aprendió a esperar sin empujar. A veces una persona hablaba durante veinte minutos sin acercarse al centro de nada, y él la dejaba bordearse hasta que por fin encontraba una palabra verdadera. Otras veces bastaba una sola frase.

—No la extraña a ella; extraña quién era usted cuando aún la esperaba.

—No quiere volver atrás; quiere que aquello haya valido para algo.

—No necesita olvidar. Necesita un lugar donde poner lo que recuerda sin que le ocupe toda la mesa.

Frases así.

No curaban. Rara vez las cosas importantes se curan. Pero ayudaban a que el dolor encontrara una silla donde sentarse sin mandar en toda la casa.

Alba creció.

No de golpe, ni con esos milagros literarios que convierten en mujer a una niña entre un capítulo y otro. Creció como crecen los árboles en ciudades difíciles: despacio, con grietas, inclinándose hacia donde encuentra hueco. Aprendió el oficio de Bruna.

Amasaba con una seriedad casi religiosa, y de tanto en

tanto levantaba la vista hacia la puerta de la panadería, como si aún verificara, por costumbre, quién entraba y quién se iba.

Una noche de verano, ya más alta, ya menos quebradiza en los gestos, se sentó frente a Lirio cuando la panadería había cerrado y el calor del horno seguía pegado a las paredes como una segunda respiración.

Bruna fregaba bandejas al fondo, haciendo el tipo de ruido que solo hacen las personas que quieren escuchar una conversación sin parecer que la escuchan.

Alba apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—He estado pensando —dijo.

—Eso suele traerte problemas interesantes.

—Quiero bajar otra vez.

Lirio no respondió enseguida.

No porque la pregunta lo sorprendiera, sino porque llevaba años esperándola.

—¿Al archivo?

—Sí.

Bruna dejó una bandeja con más fuerza de la necesaria.

—Pues yo he estado pensando que no —gruñó desde el fondo.

Alba giró un poco la cabeza.

—No te lo he preguntado a ti.

—Error táctico. En esta casa conviene preguntármelo casi todo.

Lirio entrelazó las manos sobre la mesa.

—¿Por qué quieres bajar?

La joven tardó en contestar. Ya no tenía la prisa tajante de la infancia. Había aprendido que algunas verdades, si salen demasiado deprisa, solo son versiones mal peinadas de otras más hondas.

—Porque sigue ahí —dijo al fin—. No la puerta. Lo demás.
—Las cosas que no terminaron.
—La gente vive encima como si bastara con poner suelo sobre algo para volverlo pasado.
Bruna resopló.
—Eso último, por desgracia, es bastante cierto.
Alba continuó:
—Y porque creo que tú te equivocaste una vez al guardar lo que no era tuyo.
—Pero también creo que la ciudad se equivoca fingiendo que no tiene responsabilidad sobre lo que abandona.
Lirio sintió, con una mezcla extraña de orgullo y temor, que la niña a la que una vez había destrozado una esperanza estaba construyendo una inteligencia más severa y más limpia que la suya.
—¿Qué propones? —preguntó.
Alba miró hacia la ventana. Afuera, el último azul del día se retiraba de los tejados con esa delicadeza impersonal que tiene el cielo cuando no piensa en nadie.
—No abrir puertas.
—Hacer inventario.
Bruna soltó una carcajada corta.
—Eso sí parece una idea nacida en esta ciudad: bajar al abismo con una libreta.
—Las libretas evitan tonterías épicas —replicó Alba.
—No siempre. A veces las organizan mejor.
Lirio sonrió apenas.
Inventario.
La palabra reverberó en él de una manera inesperada. Durante años había creído que su oficio consistía en transformar el dolor en algo soportable mediante belleza, desplazamiento, engaño delicado. Luego aprendió, demasiado tarde, que muchas heridas no

pedían ser embellecidas ni borradas, sino reconocidas en su forma exacta.
Nombrar, pensó.
No tejer. No extraer. No encerrar.
Nombrar.
—Madame Cerda dijo una vez que cada oficio extraño deja un residuo —murmuró—. Tal vez también pueda dejar una disciplina.
Alba lo miró sin pestañear.
—Bajemos y veamos qué puede tocarse y qué no.
—Qué debe devolverse.
—Qué debe destruirse.
—Y qué merece, simplemente, ser guardado sin mentira.
Bruna se acercó, secándose las manos en el delantal.
—Voy a decir algo que no me hace ninguna ilusión decir —declaró—: la chica tiene razón.
—Lo cual no significa que me guste.
—Solo significa que preferiría un plan sensato a descubrir dentro de diez años que debajo de mis hogazas sigue creciendo una catástrofe con modales de reliquia.
Lirio apoyó la espalda en la silla.
Durante un instante lo atravesó la memoria del antiguo abrigo, de los frascos alineados, del orgullo secreto de su destreza. Sintió nostalgia, sí, pero ya no deseo de volver. Aquella vida le parecía ahora tan hermosa y tan peligrosa como un puente colgante hecho con hilo de oro: admirable mientras nadie mire abajo.
—No soy el tejedor que bajó allí la primera vez —dijo.
Alba inclinó la cabeza.
—Menos mal.
La respuesta fue tan seca que resultó misericordiosa.
Bruna se sentó con ellos, cosa rara, porque incluso sentada parecía una mujer que seguía de pie por dentro.

—Entonces se hará a mi manera —anunció—. Nadie baja solo. Nadie toca nada por impulso. Y si algo del subsuelo intenta hablar con voz de madre, de marido, de hijo o de santo, antes le metemos pan en la boca y luego escuchamos.
—Eso no tiene sentido —dijo Alba.
—Tiene muchísimo. El pan devuelve dignidad a las conversaciones raras.
Lirio miró a una y a otra.
Y entendió, con una claridad serena, que aquel era el verdadero final de su viejo oficio y el principio de algo menos brillante, menos secreto, menos embriagador, pero quizá más justo. No salvaría a nadie del dolor. No entregaría amaneceres a medida. No haría regresar a los muertos ni permitiría que la pérdida se disfrazara de promesa.
Haría otra cosa.
Ayudaría a que lo perdido ocupara su lugar sin devorarlo todo.
Bajaron tres noches después.
No como intrusos, sino como quienes aceptan una custodia.
Madame Cerda les abrió el acceso sin una sola pregunta y les entregó, además de la llave oscura, un cuaderno encuadernado en tela negra.
—Para no confundir memoria con fantasía —dijo.
—¿Y si encontramos algo que no sepamos nombrar? —preguntó Alba.
La anciana la observó con esos ojos de tijera que parecían recortar lo superfluo del mundo.
—Entonces empiezan por describir su hambre.
El archivo seguía allí, vasto y contenido, inquieto pero no insurrecto. Las estanterías respiraban con la paciencia de las cosas que han dejado de esperar redención y se conforman con no ser negadas. La puerta del fondo permanecía cerrada. No hermosa. No

terrible. Solo cerrada. Y a veces eso es lo más parecido a la paz que puede conseguirse.
Empezaron por el primer pasillo.
Alba anotaba.
Lirio observaba.
Bruna decidía cuándo una reliquia era peligrosa, cuándo solo triste y cuándo necesitaban subir a comer antes de volverse idiotas.
Registraron una taza que conservaba el vapor de una despedida nunca dicha.
Un manojo de cartas cuyo destinatario había muerto antes de aprender a leer.
Un silbido de fábrica donde alguien había ocultado durante veinte años el impulso de marcharse.
Una trenza infantil cortada para castigar una desobediencia que en realidad era valentía.
Un nombre de mujer borrado de un registro público y todavía temblando de rabia.
Cada objeto exigía una clase distinta de cuidado.
Algunos podían devolverse.
Otros solo admitían testigo.
Otros debían quedarse donde estaban, no por sagrados sino por inestables, como sustancias que la verdad vuelve visibles pero no inocuas.
Poco a poco, la noticia empezó a correr por Lúmina de la única manera en que corren las noticias importantes en ciudades viejas: sin anuncio oficial y con detalles incorrectos, pero con núcleo verdadero. Se supo que bajo el teatro había trabajo. No espectáculo: trabajo. Y comenzaron a llegar personas no para librarse de sí mismas, sino para reconocer algo.
Una viuda identificó una caja con recetas que llevaba años sin atreverse a copiar de la letra de su hermana.
Un ex ferroviario reclamó el eco de una canción de andén que había jurado olvidar.
Una monja pidió ver, solo ver, una promesa que no

cumplió a los diecinueve.
Un carpintero encontró el molde mental de una cuna nunca terminada para un hijo que no nació.
No todos salían aliviados.
Pero salían más enteros.
El alcalde Oneto protestó, naturalmente.
Llamó al proceso “iniciativa civil no reglada sobre residuos emocionales de interés municipal”, que era una forma muy elegante de admitir que no sabía cómo prohibirlo sin parecer monstruoso. Intentó enviar inspectores. Bruna los despachó con tal despliegue de desprecio panadero que dos pidieron pan por pura intimidación moral y el tercero fingió haberse equivocado de calle.
Con el tiempo, incluso la administración hizo lo único sensato que suele hacer cuando llega tarde a una verdad: inventó un nombre burocrático y dejó de estorbar demasiado.
Lo llamaron **Oficina de Restitución Menor**.
Bruna casi se atragantó al oírlo.
—Menor, dice el muy memo —bufó—. Como si una ausencia pequeña no pudiera arruinar una vida igual de bien que una grande.
Pero el nombre quedó, porque las ciudades necesitan membretes para tolerar lo que no entienden.
Lirio nunca ocupó cargo alguno.
No firmó decretos.
No volvió a usar frascos.
Aun así, la gente siguió buscándolo.
Ya no como al tejedor de sueños, ni como al ladrón piadoso de amaneceres, ni como al hombre peligroso de los carteles con cuernos y alas mal dibujadas. Lo buscaban por algo menos novelesco y más raro: porque sabía quedarse en la habitación cuando una verdad difícil por fin decidía entrar.

Y eso, descubrió, también era un oficio.
Años después, cuando Alba fue ya una mujer joven de manos fuertes y mirada sin adornos, alguien le preguntó en la panadería si era cierto que de niña había hablado con un fantasma bajo la ciudad.
Ella siguió amasando un momento antes de responder.
—No exactamente.
—¿Entonces qué pasó?
Alba enharinó la mesa, como si preparara una superficie digna para una respuesta.
—Aprendí la diferencia entre querer que alguien vuelva y dejar de prestarle tu voz a lo que no es esa persona.
Quien preguntaba se quedó callado, quizá decepcionado por la falta de teatralidad. Pero Bruna, que pasaba con una bandeja de panecillos, soltó un gruñido satisfecho.
—Por fin alguien en esta casa cuenta las cosas bien.
Lirio, desde su silla junto a la ventana, donde la luz de la mañana caía sin pedir permiso, levantó la vista y observó a Alba.
Pensó que la pérdida no se había vuelto hermosa.
Pensó que tampoco se había ido.
Pensó, en cambio, que había encontrado bordes.
Y los bordes, para ciertas clases de dolor, son la primera forma posible de misericordia.
En Lúmina siguieron vendiéndose sombras, horneándose panes, falseándose informes y enamorándose personas con escasa prudencia. Siguió habiendo trenes que partían y no todos los que debían regresar. Siguieron cerrándose puertas correctas y equivocadas. La ciudad no se volvió sabia; a lo sumo, se volvió un poco menos tramposa consigo misma.
Debajo del viejo teatro, el archivo de las cosas perdidas continuó creciendo, porque esa labor no termina mientras existan los vivos. Pero ya no crecía a oscuras del todo. Había cuadernos. Había testigos. Había

reglas modestas. Había una panadera dispuesta a insultar cualquier pretensión de mística innecesaria. Había una mujer que una vez fue niña y sabía reconocer cuándo una ausencia intentaba usar una voz prestada. Y había un hombre que dejó de tejer sueños para dedicarse a algo más difícil:
acompañar sin robar.
Si alguien hubiera querido convertir aquello en leyenda, habría dicho que Lirio redimió su culpa custodiando el lugar que casi abrió al desastre.
Pero las cosas importantes rara vez se dejan resumir con tanta limpieza.
La verdad era menos redonda y más humana.
Había hecho daño.
Había aprendido.
Había perdido una forma de poder.
Había encontrado una forma de servir.
Y, en una ciudad como Lúmina, eso bastaba para que una vida no quedara mal contada.
La última vez que Madame Cerda pasó por la panadería, ya muy encorvada y todavía afilada, dejó sobre la mesa un pequeño espejo de bolsillo con el marco ennegrecido.
—Para ti —le dijo a Lirio.
Él lo abrió.
Por una vez, el espejo no le devolvió ni un niño extenuado ni un anciano ahogado ni una figura incompleta. Le mostró simplemente su rostro actual: cansado, surcado, atento. Un rostro al que la tristeza no había vencido, aunque sí educado.
—Parece un espejo normal —dijo.
Madame Cerda se encogió de hombros.
—A cierta edad, eso ya es prodigio suficiente.
Bruna se echó a reír.
Alba sonrió.
Y Lirio, mirando aún su reflejo, comprendió que quizá la

paz no consistía en cerrar todas las puertas, ni en olvidar lo perdido, ni en domesticar cada sombra. Quizá consistía solo en esto: saber qué debe quedar abierto, qué debe quedar cerrado, y qué merece, por fin, ser recordado sin que nadie intente convertirlo en otra cosa.
Fuera, el amanecer comenzaba a poner una claridad humilde sobre los tejados de Lúmina.
Nadie la guardó en un frasco.

FIN